Rodrigo Hasbún

Familia
y otros cuentos

(Versión aumentada y corregida)

Yerba Mala Cartonera

© Rodrigo Hasbún, 2016

© Editorial Yerba Mala Cartonera. 2016

Proyecto social cultural y comunitario sin fines de lucro.

yerbamalacartonera@gmail.com

http://yerbamalacartonera.blogspot.com

www.facebook.com/yerbamalacartonera

@yerbamala_c

Telfs. 70751017, 70727847

Proyectos análogos: Eloísa Cartonera (Argentina), Sarita Cartonera (Perú), Ediciones la Cartonera (México), Animita Cartonera (Chile), Dulcinéia Catadora (Brasil) y muchos más en casi 20 países.

Impreso en: Imprenta "Magda I" en alguna parte de Cochabamba

Impreso en Bolivia

ÍNDICE

FOTOS•
9

FAMILIA•
12

INTEMPERIE•
18

ÚLTIMAS SEMANAS•
23

FOTOS

Llevate contigo tu mierda, todos tus recuerdos, quise decirle antes de que se pusiera de pie, pero luego, cuando empecé a balbucearlo, cuando al fin me animé a decirlo, era tarde, ella se había dado la vuelta, ya salía del café, de mi vida, a la calle, a la vida de cualquier otro. Llevate contigo tu nombre, puta, ladrona, mujer, quise decirle para herirla, para devolverle un poco del dolor que me estaba provocando. Llevate contigo todo y por favor no vuelvas (porque Valeria siempre vuelve después de irse). Y por favor no vuelvas esta vez, Valeria, quise decirle, es lo que más te pido, que te vayas para siempre y te lleves tus recuerdos y tu olor. Y si es más fácil para ti, pensá que te vas porque yo quiero que te vayas, como en el bolero, como en tantas otras vidas (pero yo solo quiero que te vayas después de que te has ido). Llevate contigo a ti, al fantasma que inauguras. Llevate el cuerpo. Y no vuelvas, quise decirle, esta vez ni se te ocurra volver. Por favor, si es que en serio has dejado de quererme, no vuelvas.

Pero una semana después estábamos de nuevo ahí, en la única mesa con ventanal. Tenía que parecer que nos habíamos encontrado casualmente y tenía que parecer que yo no me había enterado de nada o que ya había guardado el daño, que las heridas eran la mejor parte del amor. Así que saqué de mi mochila las fotos sin decir nada, sin reproches, y las dejé sobre la mesa, al lado de los cafés recién servidos y todavía humeantes. Valeria se quedó mirándolas un buen rato.

No entendía porque no había ido a la última sesión del taller, adonde yo, a pesar de todo, fui solo para encontrarla. Una sucedía en un vagón. Aparecía un anciano con cara de perdido. Posiblemente se había equivocado de tren o a lo mejor olvidó dónde debía bajarse. Tal vez seguía instalado en alguna guerra, huyendo del fuego y de las balas. Aún vivo o ya no, cubierto entero por una sábana blanca,

en la otra aparecía un hombre en una cama de hospital. Eran fotos extrañas. No se sabía bien si estaban armadas o si habían salido de la realidad. De esa realidad en la que yo le decía a Valeria que debía elegir una y escribir un cuento a partir de ella para la próxima sesión. ¿Las escogiste tú? Fue al azar, ya sabes cómo es Madeiros. ¿Cuál prefieres? La del anciano, dije. Bueno, dijo ella, entonces me quedo con la otra. ¿Por qué no fuiste el otro día? Porque no tenía ganas de tanto manicomio.

Me hacían daño su tono y su crueldad y al mismo tiempo me gustaban. Puta, quise decirle mientras recordaba lo de la semana anterior y le buscaba los ojos y sorbía del café. Ladrona, quise decirle, mujer. Y devolví la taza a la mesa y estiré la mano para coger la suya. Cada vez me interesan menos los ejercicios de Madeiros, dijo ella, ajena a todo lo que pudiera estar sintiendo yo. No sé a dónde pretende llegar, he dejado de sentirlos necesarios. El viejo sabe lo que hace, intenté defenderlo, aunque lo cierto es que últimamente había sentido lo mismo. Además los escritores deben inventarse a solas, añadió Valeria, que durante meses había sido la más entusiasta del taller. Mi mano todavía estaba sobre la de ella pero eran manos muertas, manos que ya no nos pertenecían. ¿Dejarás de ir?, pregunté con miedo. Respondió con una mueca que no entendí y luego volvimos a quedarnos callados.

Eran las cuatro de la tarde de un viernes igual a otros y descubrí de pronto que escribiría mi cuento sobre esas horas. Nosotros, los personajes, hablaríamos de las fotos mientras nos destruíamos con relativa lentitud y sin ninguna elegancia, mientras íbamos creciendo en la traición, en las oscilaciones y el sexo y el café, en las palabras que no sirven. Y lo más seguro es que Madeiros lo detestaría. Le molestarían el asunto autorreferencial, la ausencia de un argumento claro, la desaparición del lugar. Este jodido ejercicio era justo para lograr lo contrario, vociferaría seguro unos días después, con su voz hecha mierda por los cigarrillos, para sacarlos de ustedes mismos, ¡para que me hablaran de lo que veían en las fotos! Y se atoraría antes de secar su cerveza.

¿Estás bien?, preguntó Valeria, devolviéndome a nosotros, al café.

Sí, bien, respondí.

Ella estaba ahí. También las horas largas y quietas en las que nos daríamos un buen revolcón, las horas en las que volvería a perdonarla.

Sonreí y sonrió y apartamos las manos y vaciamos las tazas.

Después pagamos la cuenta y nos fuimos.